



Vol. 12, No. 1, Fall 2014, 278-300

**Pensar la memoria desde la frontera: recuerdo,
reconstrucción y reconciliación en el caso del “pozolero”**

Lilian Paola Ovalle

Universidad Autónoma de Baja California

Alfonso Díaz Tovar

Universidad Nacional Autónoma de México

Luis Arturo Ongay

Universidad Autónoma de Baja California

Introducción

La larga frontera que divide a México de Estados Unidos es una de las más vigiladas del mundo. A primera vista es un muro que separa a la llamada esquina de Latinoamérica de la promesa de bienestar del “primer mundo”. ¿De qué lado estás?”, “éste es el lugar donde rebotan tus sueños” y “de este lado también hay sueños” son algunas de las frases que graffiteros anónimos han ido dejando sobre la muralla. Mensajes como éstos cargan de sentido al “bordo”—la franja fronteriza de Tijuana—; son el grito silencioso en medio de un paisaje habitado por migrantes y deportados, personajes que deambulan a lo largo de este límite esperanzados en

franquearlo para avanzar hacia un futuro que se volverá irremediabilmente en otra frontera.

El *bordo* indigna. Es una imagen poderosa que nos remite al sentido etimológico de la palabra frontera: un frente, un lugar de enfrentamiento. Garduño (2003) señala cómo en el actual contexto de globalización la noción de frontera se ha complejizado. Se ha identificado a las fronteras como el laboratorio por excelencia empleado por las fuerzas económicas mundiales para hacer de estas regiones parte de un campo social de carácter global. Este autor afirma que “el análisis puntual de las tendencias migratorias (ahora más intensas, multidireccionales y heterogéneas) ha desplazado la idea de frontera como referente simplemente geográfico-político para visualizarla como escenario deterritorializado” (60).

La noción de frontera resulta fundamental en la reflexión que a continuación se presenta. Se retoma aquí como problema epistemológico y teórico. En su sentido literal, la entendemos como franja fronteriza¹ en donde se territorializó este lugar de exterminio. Y en su sentido no literal, la entendemos como un espacio simbólico y liminal, un limbo que reta las concepciones teóricas occidentales del fenómeno de “cruza-fronteras” tanto en sus implicancias políticas como en las sociales y económicas. El “bordo” es un lugar de encuentro y de choque de varios componentes: la necesidad de trabajo, el de la migración y el de los cambios en los modos de acceder a una vida digna. Esta dinámica exige repensar las relaciones de política exterior comercial entre EEUU y México desde realidades excepcionales. Por ello proponemos un “conocimiento de frontera” que apueste por identificar los límites borrosos entre nociones y conceptos que consideramos fundamentales para interpretar y comprender la violencia en Tijuana como consecuencia del *cruce* de los bordes. En particular, el cambio desde una percepción de la frontera como inamovible a un entendimiento de este espacio como fluido haciendo de las relaciones surgidas del cambio de escala espacial y temporal (global-local) un campo de estudios inquietante y provocador.

¹ Con todas las características que traza hoy en día la globalización en los espacios fronterizos.

La experiencia que se narra en este artículo ofrece un ejemplo paradigmático de las manifestaciones extremas que retoma la violencia social en la ciudad fronteriza de Tijuana. Esta reflexión gira en torno a un lugar de exterminio que se dio a conocer en el 2009, a partir de la captura de un personaje conocido como “el pozolero”, trabajador adscrito a una de las organizaciones criminales encargadas del tráfico de drogas que operaban en la ciudad, quien declaró haber desintegrado en ácido a más de 300 personas.

A principios del 2013, autoridades del gobierno federal mexicano, identificaron uno de los lugares construidos por este personaje para perfeccionar su técnica de desaparición. Se trataba del lote conocido como “La gallera”, terreno donde según las declaraciones dadas por diversos miembros del crimen organizado, se había desintegrado el mayor número de personas entre el 2006 y el 2008. A partir de este hallazgo, empezamos a darle seguimiento al impacto de esta noticia tanto en la comunidad de vecinos como en los familiares de desaparecidos de Baja California. Surgió entonces el proyecto titulado: *Recuerdo y reconstrucción en contextos de violencia social. Experiencia en un lugar de exterminio*. Por tratarse de una investigación en curso, lo que aquí se presenta es lo que ha venido sucediendo en este espacio que permanece aún como una herida abierta en el territorio de una comunidad.

En el primer apartado del trabajo, contextualizamos y describimos un lugar diseñado y construido en el marco de “la guerra contra las drogas”, específicamente para desintegrar cuerpos humanos y depositar sus restos. En el segundo apartado, abordamos el concepto de memoria colectiva, pensado como un proceso fundamental para comprender y dar un sentido histórico a la violencia y la desaparición forzada en Tijuana. Proponemos sus contradicciones, en particular la del olvido social frente a la recuperación de esas memorias de exterminio. En el tercer apartado, reflexionamos sobre otro proceso social que consideramos fundamental, a saber, la reconstrucción: la posibilidad o imposibilidad de reparar el tejido social que se destruye con los actos de exterminio como el que se presenta aquí. En el cuarto y último apartado, se presentan los esfuerzos

comunitarios por resignificar un lugar de exterminio como un lugar para el encuentro, la reconciliación y la esperanza.

Nuevas configuraciones de la desaparición forzada en un contexto fronterizo

La desaparición forzada es un crimen de lesa humanidad. Esto significa que no es solo una afrenta contra una persona y/o sus allegados; es un crimen que nos implica colectivamente. Está caracterizada por la privación de la libertad de una persona por agentes del Estado o por grupos e individuos que actúan con el apoyo, anuencia u omisión de agentes de éste; el cautiverio oculto, la tortura y la desaparición de los cuerpos son acciones deliberadas que pretenden garantizar la impunidad de los actos cometidos y diseminar el terror en la sociedad.

En abril de 2013, la comunidad de Maclovio Rojas, en Tijuana, amaneció con un movimiento inusual en su territorio. Militares y policías federales cercaban un predio abandonado. El rumor corría, se trataba de una “narcofosa”. Desafortunadamente, ese lenguaje que naturaliza el horror no era ajeno para los vecinos. Lo que designa el neologismo “narcofosa” es ampliamente conocido en este territorio. Son lugares clandestinos donde se entierra a personas asesinadas por miembros de redes transnacionales del crimen organizado con el objetivo de que sus cuerpos no sean encontrados ni identificados.

Esta noticia impactó a la ciudad. Se trataba de un predio que había sido utilizado por el tristemente célebre “pozolero”, famoso por la forma en que tras su detención, en el 2009, abiertamente reconoció ante las cámaras de los medios su “trabajo” como desintegrador de cuerpos. Relató que por un pago de 600 dólares semanales se encargaba de eliminar cuerpos de personas asesinadas, y afirmó que “pozoleó” a por lo menos 300 personas. El contenido de sus declaraciones hizo estremecer no solo a la sociedad tijuanense, la noticia también tuvo un carácter de impacto nacional e internacional. Hasta entonces no era muy conocido ese nuevo verbo surgido de la jerga narca: *pozolear*. El horror del acto de desintegrar un

cuerpo, de borrar su identidad, es enmascarado con un eufemismo que alude a una receta de comida mexicana².



Figura 1. “Predio la gallera”, de Colectivo RECO

Los detalles con los que “el pozolero” narra la técnica de exterminio que utilizaba, sin duda, transitan en lo abyecto. Habla de tambos metálicos galvanizados, de agua, de soda cáustica, de cuerpos hervidos en estas sustancias, de cadenas de ajos usados para disfrazar olores, de una masa residual y de las estrategias para almacenarla. Los habitantes del ejido Maclovio Rojas recordaban la noticia y no podían creer que en su territorio se hubieran cometido actos de ese tipo. En palabras de una de las líderes fundadoras: “Cuando la SEIDO³ me dio esa mala noticia, sí me impactó. Luego, fue muy sonado por todos lados, y digo ay mi Maclovio, ¿por qué nos pasó? Si somos gente también trabajadora, gente que queremos progresar, gente de lucha”.⁴

² El pozole es una comida tradicional mexicana que proviene de épocas prehispánicas. Es una sopa de color rojo, que contiene granos de maíz y trozos de carne de cerdo o de pollo. El verbo pozolear establece una analogía entre esta receta y la técnica usada para desintegrar los cuerpos.

³ La Subprocuraduría Especializada en Investigación de Delincuencia Organizada (SEIDO) es una dependencia de la Procuraduría General de la República en México, encargada de coordinar fuerzas policíacas federales en la lucha contra la delincuencia organizada.

⁴ Asamblea colectiva con miembros fundadores del ejido celebrada el 5 de agosto de 2013 en la colonia Maclovio Rojas, Tijuana, Baja California.

El impacto en los familiares de las víctimas fue devastador. Los familiares de las víctimas de desapariciones forzadas se venían organizando alrededor de tres asociaciones civiles⁵ que de manera coordinada apoyaban a sus miembros en la búsqueda del rastro de sus familiares y como mediadores entre ellos y todo un aparato de “justicia” caracterizado por la insensibilidad y la poca voluntad política para abrir y resolver sus casos.

En 2009, después de la detención de “el pozolero”, los familiares recibieron de manera anónima el registro legal de sus declaraciones. Así se enteraron del procedimiento para desintegrar los cuerpos. La desesperanza se apoderó de muchos de ellos. Madres, padres, esposas, hijos, hijas, hermanas, hermanos, que juraban buscarían el cuerpo de sus seres queridos hasta el último día de sus vidas, tenían frente a sí una información que desmontaba por completo el sentido que le estaban dando a sus acciones. En la declaración del pozolero se podía leer: “también quiero agregar que antes utilizamos una fosa que se localiza entrando por la libre de Tecate por el Maclovio Rojas, cruzando los ductos de agua, siguiendo todo hasta arriba topando con una caseta y junto hay un lote baldío y junto a la barda hay dos fosas donde se vaciaba el pozole”.⁶

Fernando Ocegueda es el presidente de la asociación civil Unidos por los Desaparecidos de Baja California. Él ha sido una figura clave para el descubrimiento de la estructura de exterminio que se estableció en tres lugares ubicados en los márgenes del margen. Tres lugares ubicados en colonias de Tijuana, en las periferias de la ciudad, caracterizados por la pobreza y por la ausencia de servicios que el Estado debería garantizar, como la pavimentación, los servicios públicos y los espacios educativos, culturales y deportivos. En estos lugares olvidados, a lo largo de los años en los que trabajó para diferentes “patrones”, “el pozolero” ubicó sus centros de operaciones. En las declaraciones a las que los familiares tuvieron acceso se podía identificar la existencia de tres lugares. Estos predios, aunque en ruinas, aún permanecen como artefactos de la memoria de las nuevas configuraciones de la desaparición forzada. De manera admirable, los

⁵ Asociación Esperanza por los desaparecidos de BC, Unidos por los desaparecidos de BC. A.C y Asociación Ciudadana contra la impunidad.

⁶ Declaración ante la Procuraduría General de República de México del llamado “pozolero” en el 2009. Documento enviado a los familiares de las víctimas de manera anónima.

familiares de las víctimas, liderados por F. Ocegueda (padre de un joven desaparecido), emprendieron la búsqueda del predio conocido como “La gallera”. Los fines de semana, durante dos años, recorrieron el terreno pedregoso y empinado del ejido Maclovio Rojas, hasta que a finales de 2012 el terreno fue hallado. Es significativo que no fue el Estado el que abriera una investigación para buscar e identificar estas fosas. En cambio, fueron los familiares quienes se arriesgaron a entrar en territorios dominados por redes criminales para buscar a sus seres queridos.

La noticia ofrecía todos los elementos necesarios para el regocijo de la prensa sensacionalista. Lo encontrado superaba lo imaginable. En este predio se ubicó un sistema rústico, artesanal y burdo para el exterminio humano. Se trataba de una estructura arquitectónica expresamente pensada y construida para desintegrar cuerpos y ocultar los desechos: un cuarto de aproximadamente cuarenta metros cuadrados donde se disponían los tambos y los fogones para la desintegración, y una estructura donde se podía vaciar el contenido de los ácidos, con tuberías que comunicaban a una gran fosa subterránea fabricada con lozas de cemento. Los miembros de la SEIDO afirmaron que según sus cálculos, en las fosas del predio la gallera se encuentran 17,000 litros de lo que denominan “emulsión”: 17,000 litros de restos humanos desintegrados.

Las esperanzas de recuperar a sus muertos se disipó. Ahora todo apuntaba a la ciencia, a los bancos de ADN, a que el Estado hiciera por fin su trabajo. Sabían que de la fosa que se había descubierto se habían logrado rescatar huesos, dientes, prótesis dentales, aparatos quirúrgicos: elementos que los podrían ayudar en la identificación de los restos.

El equipo forense del Estado mexicano, que en los últimos años había descubierto innumerables fosas a lo largo del territorio de esta nación, quedó sorprendido ante el hallazgo. Lo sorprendente no era la técnica de “pozolear”, presente en diferentes lugares de la geografía mexicana. Lo sorprendente y “novedoso” era la seriación, era la construcción de un dispositivo rústico para la desintegración de los cuerpos y el depósito de los restos en escala.

Estos familiares tenían que reconocer que sus desaparecidos no solo estaban muertos, sino que también existía la posibilidad de que hubieran sido desintegrados.



Figura 2. “Ruinas de ‘la cocina’, estructura donde desintegraban los cuerpos” de Colectivo RECO

Esta conciencia implica una ruptura con otros casos de desaparición forzada. Recordemos, por ejemplo, las consignas de las madres de desaparecidos en el contexto de la llamada guerra sucia en México, quienes repetían “vivos los llevaron, vivos los queremos” y “no queremos huesos”. Esta vez la identidad se ancla en la reconstrucción civil del ADN y en reconfiguraciones materiales y simbólicas de una memoria colectiva que les de cuerpo y sentido.

Lugar de recuerdo, lugar de olvido

Reconocer y recordar el horror como “única forma de conjurar su repetición incesante” es lo que nos propone la investigadora argentina Pilar Calveiro (2002), cuya apuesta crítica es por la memoria. Y si bien es un lugar común afirmar la necesidad de la memoria para no repetir los errores, el caso del “pozolero” actualiza esta máxima.

Olvido y recuerdo, como observa Todorov, son parte de un proceso de construcción social: “la memoria, como tal, es forzosamente una selección: algunos rasgos del suceso serán conservados, otros inmediata o progresivamente marginados, y luego olvidados” (16). Justamente Marc

Augé (1997) en su texto sobre las “formas del olvido”, plantea el tema de la memoria como un proceso que está relacionado tanto con el recordar como con el olvidar: “el olvido, en suma, es la fuerza viva de la memoria y el recuerdo es el producto de ésta” (28).

En este punto, nos interesa que la discusión y la reflexión sobre los límites inciertos entre memoria y olvido, se posicionen en un espacio particular, en el lugar que nos convoca en el presente texto: el predio del “pozolero” conocido como “La gallera”. Este lugar es la metáfora perfecta de la injusticia y la impunidad. Sus ruinas materializan el duelo, el trauma de los familiares de las víctimas y de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, este predio permanece oculto y negado por las autoridades, al igual que el dolor de las víctimas a las que también se les niega el derecho a expresar su dolor públicamente. El predio, entonces, permanece como una llaga abierta en medio de una comunidad. En él se materializa la política del olvido que se viene ejerciendo frente al caso de las desapariciones forzadas en México.

El predio “La gallera”, de hecho, fue construido para la desaparición. Hace parte de un dispositivo (organizado por las redes del narco) que gestiona los cuerpos en una larga cadena que se inicia con el secuestro y luego pasa por la tortura, el asesinato y la desintegración. Sin embargo, este lugar hecho para exterminar es paradójicamente el resguardo de la memoria. Sus ruinas, sus fosas y los restos humanos que allí reposan son realidades imposibles de negar.



Figura 3. “Interior de ‘la cocina’”, de Colectivo RECO

De ahí nos preguntamos si es posible, en el contexto de la “guerra contra el narco”, resignificar este predio, apelando al mismo tiempo a la memoria y al olvido. ¿Se puede atender la memoria por la que claman los familiares de las víctimas, su petición para que la identidad, la presencia, la unicidad y la dignidad de sus familiares sea reconocida, y al mismo tiempo construir sentidos que atiendan a la necesidad de silencio y olvido que defienden los vecinos del predio?

En un contexto en el que no se vislumbra un escenario de justicia y castigo a los culpables, incluso un contexto en el que el señalamiento a los culpables no se puede realizar sin correr un alto riesgo por el poder que todavía ostentan⁷, desde los conceptos tradicionales, podría pensarse que aún no es tiempo para monumentos y memoriales. Sin embargo, en este contexto fronterizo, los familiares y los vecinos están haciendo un claro trabajo de memorialización en ese predio vacío. Jornadas de oración, siembras por la paz, y rituales como misas, “lluvias de bendiciones” y “limpias” guiadas por chamanes indígenas, son las formas que estas comunidades han adoptado como prácticas de conmemoración.

Al mismo tiempo, en contraste con los reclamos de algunos de los vecinos del predio, la sociedad en general y los familiares de las víctimas en particular, reclaman el reconocimiento de los hechos dolorosos recientes y actuales, imposibles de borrar, imposibles de olvidar, hechos que si permanecen en la opacidad están destinados a continuar, a agudizarse incluso. Al reconocer, recordar, renombrar la existencia de este lugar, y ubicarlo claramente como un lugar de exterminio, a lo que se apela es a la palabra, al gesto, al símbolo, a la metáfora que construye un sentido distinto: un sentido que pueda comprender un balance delicado entre memoria y olvido.

Para los familiares de las víctimas resulta fundamental que el predio de “La gallera” pueda ser transformado en un lugar de memoria. Una de sus actuales demandas al Estado tiene que ver con el apoyo para construir en dicho espacio un memorial. En suma, todos los objetos que allí se ubican aportan una versión sobre el posible final de sus familiares. “Un lugar

⁷ Por ejemplo, el personaje conocido como “el pozolero” tiene aprobado un amparo para salir en libertad.

donde llorar, donde recordar la identidad de nuestros seres queridos”: éste es su reclamo. Lo que buscan es un lugar donde expresar su duelo, sus sentimientos y afectos.

No hay que perder de vista que las víctimas y sus familiares han sido constantemente ignorados y estigmatizados por el Estado mexicano en el contexto de la “guerra al narco”. Son grupos minoritarios que han tenido que unirse a nivel nacional⁸ para dignificar a sus familiares y abonar a la memoria, a la reconstrucción del pasado. Sin embargo, las posibilidades de hacer pública su versión son restringidas. Por ser incómodos o dolorosos son ignorados; por poner en evidencia la complicidad y omisión del Estado son silenciados. Parece que el olvido de estos hechos violentos se impone de manera social. Este olvido es, a su vez, promovido por la ciudadanía a través de estrategias como la indiferencia, el silencio o el rumor.

El olvido ha sido promovido por el Estado mexicano en diversos sentidos: al criminalizar a las víctimas, negar su existencia, minimizar o esconder las estadísticas de muertes violentas y desapariciones, entre otros. Se trata de otro tipo de silenciamiento que no surge en el seno de la comunidad ni de sus integrantes, sino que proviene de una entidad más alta, de la superestructura estatal. Sistemáticamente el Estado ha generado mecanismos para generar otras versiones contrarias a las de la comunidad y que aseguran su permanencia en el poder. Incluso en los medios de comunicación masivos, que muchas veces son armas del Estado, los rostros de las víctimas, las historias de los familiares de desaparecidos, son acalladas, estando casi ausentes.

Considerando los deseos de memoria de los familiares de cara a los diversos olvidos promovidos desde el Estado, la comunidad de vecinos y la sociedad en general, debemos reconocer la problemática dialéctica entre ambos procesos. Pues, todo acto de memoria se realiza sobre la paradoja del vacío histórico al que trata de recobrar el recuerdo. Así, el olvido social de este exterminio en el marco de la guerra contra las drogas tiene, sin duda, elementos que lo justifican. Mientras el Estado, ciertos medios de comunicación y los mismos delincuentes, utilizan todas sus estrategias de

⁸ Por ejemplo alrededor del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad, encabezado por el Poeta Javier Sicilia, quien también fue víctima de esta violencia asociada a la guerra al narco, al perder a su hijo.

silenciamiento y difusión del miedo para que gane el mutismo y la parálisis social, los vecinos optan por ignorar los hechos y mantener su cotidianidad, una cotidianidad inextricablemente ligada a todo un sistema de poder interesado en la censura y el silenciamiento.

El olvido, entonces, parece ser necesario a cierto nivel. Pero también es evidente que se deben generar mecanismos para no olvidar este periodo que las organizaciones de víctimas llaman “emergencia nacional en México”. Es éste el reclamo de familiares y de gran parte de la sociedad civil, solidaria con las víctimas.

Lugar de reconstrucción, lugar para repensar la teoría

En este apartado partimos de una premisa: no se puede hablar de un proceso de reconstrucción del tejido social cuando los sentidos que articulan la violencia permanecen en la ambigüedad. Al mismo tiempo, reconocemos que todo intento por descifrar la violencia social, corre por la cuerda floja. Encontrar un orden o un sentido en los escenarios y expresiones violentos en Tijuana puede parecer un despropósito. Poner en palabras y hacer comprensible el dolor de sus víctimas es imposible.

Durante el sexenio 2006-2012, la geografía de Tijuana fue reconfigurada por la narco violencia. Los lugares fueron marcados y el espacio público se fragmentó. Los símbolos de la nueva cartografía son “narcofosas”⁹, “casas de seguridad”¹⁰, “narcomantas”¹¹, balaceras, retenes, cuerpos colgados, cuerpos decapitados, cuerpos mutilados. Ante la existencia misma de los “pozoleros” y sus métodos de exterminio, la violencia como categoría se desmorona y resulta insuficiente. Esta violencia y sobre todo, su teatralización,¹² satura los símbolos. Por ejemplo, en todo relato de violencia, resultan en mayor o en menor medida identificables las víctimas, los victimarios y los testigos. Pero en la violencia asociada a la “guerra contra las drogas” del ex-presidente Felipe Calderón, la relación víctima-victimario, se caracteriza por su ambigüedad. ¿Quiénes son los

⁹ Fosas clandestinas en el centro y periferia de la ciudad.

¹⁰ Nombre con que se conoce a las casas donde guardan armas, dinero, drogas o personas las redes de crimen organizado.

¹¹ Lonas grandes con mensajes alusivos a la lucha entre carteles del crimen organizado.

¹² Su exposición en el espacio público y en los medios de comunicación.

“victimarios”? Cada vez es más débil el impacto del discurso oficial que maniqueamente intenta responder esta pregunta con etiquetas como “los criminales”, “los narcos” o “los envenenadores”. Paralelamente, las víctimas de estas muertes generalmente son recubiertas por el manto de la sospecha (“por algo los mataron”, “en algo andaban”), así como por el peso de la impunidad. En esta ambigüedad e ilegibilidad de la violencia se asienta el miedo y la parálisis social. Es la opacidad de esta violencia la que permite que los discursos que apelan a la levedad y al olvido se asienten como verdades que sustentan la idea de la *necesidad de la guerra*.

El predio “La gallera” viene siendo el escenario de un proceso de reconstrucción social. Entendemos las acciones colectivas y autogestionadas de los familiares de las víctimas y de los vecinos como rituales de interacción orientados a la recuperación del espacio y la reparación del tejido social. Hechos de momentos emotivos, impulsados por la esperanza y la valentía de quienes han perdido a sus familiares y amigos o de quienes han perdido la ciudad que habitaban, estos actos procesan el dolor innombrable al permitirles una narrativa de duelo que integre el momento histórico que viven con el reconocimiento de su capacidad de agencia. De manera paralela, a través de las prácticas y testimonios de estos actores sociales, se está construyendo un archivo visual y documental del horror. Son estos actores quienes están convirtiendo estas ruinas en un lugar de memoria popular, aunque no sin problemas.

Los vecinos de Maclovio Rojas recibieron amenazas cuando decidieron recuperar el predio y convertirlo en un espacio comunitario. Los autores de este trabajo vimos las pintas que decían “ojo por ojo” y “con nosotros no se juega”. Estuvimos en la asamblea en la que discutieron y tomaron la decisión de no desistir ante el miedo. Algunos de los comentarios que registramos decían: “Nosotros no queremos problemas con nadie, pero no podemos dejar ese lugar ahí, enterrado, olvidado, como algo oscuro y triste en nuestra comunidad” y “De lo más malo, algo bueno puede salir, ya perdimos una generación de jóvenes que se nos fueron por el camino del narco, ahora que este lugar les recuerde que eso no es una

opción”. Estaba claro su objetivo y su búsqueda: enfrentar el miedo y trabajar por la reconstrucción de su comunidad.

Los familiares de las víctimas coinciden con ese intento por la reconstrucción. Las tres asociaciones civiles de familiares de víctimas en Baja California conforman una comunidad unida por la ausencia de sus seres amados. Desde antes de encontrar el predio “La gallera” tenían claro su objetivo: encontrar a sus familiares y reconstruirse a través del reclamo incansable de justicia. Ahora que saben que lo más probable es que los restos humanos que allí reposan no puedan ser identificados, han resignificado sus posibilidades de reconstrucción a partir de la posibilidad del duelo público y las prácticas de conmemoración en este espacio.

Nuestra misma experiencia como investigadores en el predio “La gallera” nos obliga a preguntarnos: ¿cómo registrar y teorizar lo que en ocasiones aparece como innombrable? ¿Cómo salir del desgaste conceptual y renovar la teoría? Aun no tenemos respuestas para estas preguntas, pero sí tenemos algunas pistas que orientan nuestro actual trabajo. (Schmucler 2009)

En primer lugar, es importante señalar que la teoría aquí es tangencial, pero no por ello menos importante. Pensamos con Zemelman que es necesario que “la relación con la realidad no qued[e] condicionada por las estructuras teóricas explicativas” (145). En ese sentido, el registro minucioso de los testimonios y prácticas de estas dos comunidades (vecinos y familiares de víctimas) y el ejercicio de pensar colegiada y comunitariamente son los pilares de nuestro proyecto de investigación. Por ello, partimos de la necesidad de romper con las determinaciones teóricas porque los conceptos que las componen aparecen desgastados y saturados ante las inéditas manifestaciones de horror y violencia.

En el segundo semestre del 2013, fuimos invitados junto con una serie de “expertos” a unas sesiones metodológicas para el diseño de una encuesta nacional que se proponía estudiar la respuesta de la ciudadanía frente a la “narcoviencia”. Estuvimos varias horas tratando de encontrar el concepto o categoría “adecuado” para nombrar académicamente lo que se intentaba medir. Finalmente, no nos pusimos de acuerdo. Todas las propuestas eran desechadas por los pares. Ninguno—crimen organizado,

narcotráfico, violencia organizada, guerra contra las drogas—lograba integrar lo que se intentaba estudiar. Lo que unos términos visibilizaban, otros lo ocultaban. Todos resultaban insuficientes.

El ejercicio de análisis que entonces se propone es un ejercicio de armado fino de piezas conceptuales. Frontera, economía global, patriarcado, espacio público, cuerpo, emociones, afectos, son los filtros conceptuales desde los cuales estamos pensando la “narcoviencia” y sus procesos de memoria y olvido social. A fin de cuentas, el horror impone la necesidad de un conocimiento de frontera, obligado a nutrir su mapa conceptual con la construcción y reconstrucción de categorías, incluso a echar mano del sentido común, de los relatos, de los rumores, para hacerlos ascender a categorías. Establecemos la necesidad de nombrar, de pensar, de hacer legible la violencia y el horror. Se debe identificar la lógica de sus dispositivos, pero al mismo tiempo, debemos reconocer que la tesitura de la violencia y el horror, es el sufrimiento, el duelo, el dolor, la angustia, emociones y afectos que escapan al esfuerzo de traducirlos en palabras.

¿Lugar de reconciliación? ¿Momento para el encuentro?

Un posible camino para hacer legible la violencia y su impacto en la cotidianidad es eludir el análisis de sus manifestaciones más obvias para dirigir la mirada hacia la no violencia, hacia los intentos ciudadanos por recuperar sus espacios, por mantener su diario vivir y por la reconciliación. Hablar de reconciliación implica una fuerte ruptura con otras experiencias latinoamericanas de desapariciones forzadas. Las consignas que han guiado la lucha de muchas de las víctimas y familiares de crímenes de lesa humanidad en Latinoamérica han sido precisamente “No perdonamos, no olvidamos, no nos reconciamos”. En contraste con estos casos, familiares de víctimas y vecinos del predio, vienen nombrando a las acciones ciudadanas que se articulan alrededor del lote de “La gallera” como acciones por la reconciliación.

Apelar a la reconciliación, no implica ignorar que los efectos psicosociales de la desaparición forzada perduran hasta que no se resuelve el paradero de las personas. Sin embargo, se entiende la reconciliación como un proceso en el cual se restablecen las relaciones rotas por la

violencia. Esto solo es posible mediante la recuperación de la memoria de las víctimas, la justicia, la reparación integral de las víctimas y la reconstrucción de los vínculos entre actores en conflicto (Hernández 2003).

También en este punto existen tensiones, preguntas fundamentales que guían la presente investigación y que permanecen sin resolver: ¿Es la reconciliación un proceso social que sólo tiene lugar en el postconflicto? ¿Es posible realizar acciones de reconciliación en medio de la “guerra a las drogas”? Más aún: ¿el concepto de reconciliación se puede aplicar a las víctimas de la “narcoviencia”? Lo que sabemos es que desde sus propios referentes cotidianos, familiares de las víctimas y vecinos del predio consideran que sí se puede e incluso nombran como “jornadas de reconciliación” a varias de sus acciones.

Existen por lo menos dos tensiones conceptuales que se deben señalar al momento de hablar de reconciliación en el contexto de la “narcoviencia”. La primera tensión tiene que ver con la temporalidad, y plantea interrogantes sobre el sentido que tiene hablar de reconciliación en un conflicto que continúa vigente. Aunque son interrogantes que permanecen abiertos y guían el actual trabajo de campo y reflexión, consideramos que el caso de “La gallera” visibiliza las manifestaciones desiguales del conflicto asociado al narcotráfico y el crimen organizado en el territorio mexicano. Si se atienden las diferentes necesidades y temporalidades locales, se puede entender que aunque en términos globales-nacionales el conflicto o lo que se ha denominado “estado de emergencia nacional” permanece en su punto álgido, en la comunidad de Maclovio Rojas se respira un ambiente de “postconflicto” que permite a sus habitantes reconfigurar su esperanza y acelerar los procesos de reconciliación.

La segunda tensión conceptual tiene que ver con el tipo de conflicto y con los actores en disputa. Conceptualmente, la reconciliación como proceso social implica la reconstrucción de los vínculos entre actores en conflicto. En la experiencia alrededor del predio “La gallera”: ¿quién se está reconciliando con quién? Una de las características de la narcoviencia es su ambigüedad. No son claros los límites entre actores como la víctima, el agresor y los testigos. Los cuerpos de muchos de los jóvenes que mueren en

esta guerra, son cuerpos que encarnan al mismo tiempo la figura de la víctima y la del agresor. Pese a esta ambigüedad, se puede afirmar que en la experiencia de “La gallera” se están encontrando y reconstruyendo actores que, por lo menos en los discursos oficiales, se presentan como antagónicos. La mamá de un policía desaparecido, la hermana de un narco desaparecido, la esposa de un doctor secuestrado y desaparecido, se encuentran para hacer de este espacio un lugar de memoria y duelo colectivo. Finalmente, es importante resaltar que en el predio “La gallera” se están encontrando familiares de las víctimas, con actores que mantenían o mantienen lazos laborales con el crimen organizado. Como ya se señaló, la comunidad de Maclovio Rojas, está en un área marginal de la ciudad de Tijuana, donde las redes del narcotráfico se han territorializado. Incluso algunos de los jóvenes que se han integrado a los trabajos de memoria que se describen a continuación, aún perciben salario como “halcones”¹³ del crimen organizado.

Una de las acciones más trascendentales, por la forma en que intervinieron estas ruinas, se realizó el 22 de febrero del 2014. Este día se inauguró en la ciudad de Tijuana la intervención museográfica titulada *Lugar de recuerdo y reconciliación*. La acción tuvo lugar en el predio conocido como “La gallera” y fue el resultado de un largo camino de encuentro y discusión entre familiares de las víctimas, vecinos del predio y el equipo de investigadores y documentalistas del Instituto de Investigaciones Culturales Museo-UABC y del Estudio de Antropología Visual Etno.mx. El principal objetivo de esta intervención fue dar respuesta a la petición de familiares de las víctimas, quienes venían reclamando que este lugar se convirtiera en un memorial. También se respondía a la necesidad de los vecinos, quienes reclamaban “una transformación de las energías de este lugar”; que de un lugar oscuro y lúgubre se convirtiera en un lugar para la vida, la esperanza y el recuerdo.

El emotivo acto de inauguración, distó mucho de los fríos protocolos de las inauguraciones en museos y galerías. Hortensia

¹³ Una de las funciones dentro de las redes transnacionales del narcotráfico, menos remuneradas y más riesgosas. Generalmente asignada a jóvenes y menores de edad, encargados de observar y reportar cualquier movimiento extraño no autorizado en la comunidad.

Hernández, líder comunitaria de Maclovio Rojas, dio las palabras de apertura. Conmovida por el resultado, agradeció la presencia de la universidad y reconoció que nunca imaginó que de esas ruinas que su comunidad quería enterrar pudiera resurgir “algo bueno para Maclovio”. Fernando Ocegueda, representante legal de la Asociación Unidos por los Desaparecidos de Baja California, también agradeció el apoyo de la comunidad y la universidad y pidió un minuto de silencio en memoria de los restos humanos que continúan en dicho predio sin ser identificados. Finalmente, el Vicerector de la UABC del campus Tijuana, David Ledezma, invitó a los jóvenes y niños presentes, a que no repliquen ni hereden la violencia que simboliza ese predio. Los invitó a que se fijen como meta continuar sus estudios hasta el nivel superior y se comprometió a impulsar una mayor presencia de la UABC Tijuana en la comunidad de Maclovio Rojas. El mensaje fue claro: la extensión universitaria, la educación y la cultura como instrumentos que favorecen la construcción de la no-violencia.

A continuación, se inició el recorrido por las diferentes piezas que conforman la intervención. La primera pieza se titula “Maclovio, color y concreto”. La barda de 50 metros de largo que contiene la estructura de exterminio, se llenó de color. Esta pieza es el resultado de un taller en muralismo en el que participaron veintitrés jóvenes de la comunidad entre los catorce y los veintidós años de edad, quienes liderados por el artista tijuanaense Libre Gutiérrez, decidieron los elementos importantes y esperanzadores que querían plasmar en esta larga barda de concreto.



Figura 4. “Mural titulado Moclovio color y concreto”, de Colectivo RECO

La siguiente pieza, otra pieza que fue construida comunitariamente, se ubica al interior del predio, en el centro, y su título es “Mandalas por la reconciliación”. El artista Ramón García Vásquez coordinó la construcción de estos mandalas de mosaico y espejos sobre cemento. Este fuerte gesto marca como un lugar sagrado las dos fosas que contienen los restos transformándolas en un lugar para el recuerdo y el duelo social.



Figura 5. “Mandalas por la reconciliación”, de Colectivo RECO

La tercera pieza se denomina “Tres preguntas y un deseo”. La estructura de “La gallera”, elemento que le da nombre e identidad al predio, se transformó en escultura. Tres preguntas se alternan por cada una de las divisiones: “¿Que pasó aquí?”, “¿Cómo pudo suceder?” y “¿Dónde están?”. El deseo se ubica en la parte superior: “Que no se repita”. Artistas del colectivo Mexicali Rose fueron los encargados de realizar esta pieza utilizando la técnica del esténcil.



Figura 6. “Tres preguntas y un deseo”, de Colectivo RECO

“Siembra por la paz” es el nombre de otra de las piezas. Se trata de un jardín que, gracias al apoyo y el trabajo de la comunidad, se va extendiendo por el predio. Simboliza el deseo y la esperanza de los vecinos y familiares por reconstruir el tejido social.

La última pieza interviene la estructura en la que se desintegraban los cuerpos. Se titula “Memoria gráfica” y fue realizada por el equipo de RECO. La fachada de esta estructura es tapizada con fotografías que narran dos memorias que se cruzan: la memoria de la lucha de Maclovio Rojas por su supervivencia, y la memoria de los familiares de las víctimas por la verdad y la justicia.



Figura 7. “Memoria gráfica”, de Colectivo RECO

El elemento simbólico y ritual resulta fundamental para comprender las posibilidades de reconciliación que se extienden en este

lugar. El foco de atención conjunta en las acciones que aquí se analizan es el reclamo de justicia, de memoria y de reconciliación. Este reclamo es la clave de la gestación y desarrollo de los símbolos compartidos. Para Collins (2009) estar “juntos, hacer parte de una acción colectiva, genera efervescencia colectiva. Pero sin símbolos que generen identificación, apenas podría surgir el sentido de membresía y algún sentido de solidaridad” (134). El retrato del desaparecido (en lonas, camisetas, cartulinas), las flores, las velas, las consignas, la voz de los familiares de las víctimas, el silencio, el fuego y el agua: son los símbolos que sirven de puente entre los actores en conflicto. Son los símbolos que cohesionan a los familiares de las víctimas con una comunidad, enclave de las redes del narcotráfico.

Conclusiones preliminares

Mientras nos encontrábamos en la revisión de este texto, recibimos la noticia de que el proyecto de investigación—acción RECO recibió el apoyo en la convocatoria de ciencia básica de CONACYT, apoyo que nos permitirá durante dos años, continuar trabajando y pensando colectivamente con estas dos comunidades: la de los familiares de las víctimas y la de los vecinos del predio.

Las preguntas que hemos expuesto a lo largo de este texto, son las que guiarán nuestra búsqueda. Básicamente, consideramos que las consecuencias humanas de la “guerra al narco” en la frontera entre México y EEUU imponen un reto a los estudios de memoria. El caso del “pozolero” y las acciones de memoria en el predio “la gallera”, plantean un cruce entre los estudios de memoria y los estudios fronterizos que obligan a repensar desde este “bordo” las categorías que dominan el campo. Lo innombrable, la dialéctica entre la memoria y el olvido, el monumento, el lugar de memoria, el reclamo de justicia y castigo a los culpables y la reconciliación, son conceptos que se resignifican y merecen ser repensados desde la frontera.

Ya se plantearon algunas de las rupturas que presenta este caso con otras experiencias de memoria y desaparición forzada en Latinoamérica. Los familiares de los desaparecidos de esta frontera abandonaron las

consignas de “vivos los llevaron, vivos los queremos” y “no queremos huesos” para salir a buscar ellos mismos. Resignifican la noción de justicia de formas que aún deben rastrearse en sus testimonios y afirman que no buscan el “juicio y castigo a los culpables”, exigen su derecho a la verdad y el cuerpo de sus seres queridos. Finalmente, narramos como se desmarcan de las consignas de “no perdonamos, no nos reconciamos” y emprenden acciones comunitarias en pos del encuentro, la reconstrucción del tejido social y la reconciliación. Aquí argumentamos que estas rupturas responden a las complejas particularidades culturales, económicas, demográficas y sociales de la frontera.

El predio conocido como “La gallera” es un espacio desterritorializado. No fue arraigado por el gobierno del Estado a pesar del peso simbólico que entierra y se encuentra en un terreno disputado por una empresa multinacional coreana que reclama derechos sobre la tierra que hace 26 años ocupan los colonos del poblado Maclovio Rojas. Es una frontera dentro de la frontera. ¿Cómo inscribir y hacer visible la memoria en estas ruinas desterritorializadas y olvidadas? ¿Qué nos dice el caso del “pozolero” de las fuerzas de la globalización que se agolpan en estas fronteras? En un terreno fronterizo caracterizado por el encuentro y choque de la otredad, ¿de qué modo negocian, cooperan o disputan los diferentes actores—familiares de víctimas, vecinos, sociedad civil, Estado, artistas, académicos—que impulsan este proyecto de memoria y reconciliación? Estas preguntas que se abren en el cruce de los estudios de memoria y los estudios de frontera, son las que marcan el rumbo futuro de esta investigación.

Referencias

- Calveiro, Pilar. *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*. México: Taurus, 2002. Impreso.
- Collins, Randal. *Cadenas de rituales de interacción*. Barcelona: Antrophos, 2009. Impreso.

- Garduño, Everardo. "Antropología de la frontera, la migración y los procesos transnacionales". *Frontera Norte*. 15.30. Jul-Dic 2003. Impreso.
- Hernández, Esperanza. "Los significados de la reconciliación desde las voces de las víctimas". *Convergencia*. Universidad Autónoma del Estado de México. 10.31. Ene-Abr 2003. Impreso.
- Schmucler, Héctor. "Memoria, subversión y política". Coord. Carmen De la Peza. *Memorias y Política. Experiencia, poética y construcciones de nación*. Buenos Aires: Prometeo Editores, 2009. Impreso.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 1995. Impreso.
- Zemelman, Hugo. *Horizontes de la razón II*. Barcelona: Anthropos/El Colegio de México, 1992. Impreso.